LOS JÓVENES, LA FE Y EL DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

Reflexión sobre el Sínodo 2018

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v65i225.34>

AMEDEO CENCINI*

No cabe duda: el Sínodo de octubre de 2018 ha marcado una nueva etapa en la relación Iglesia-jóvenes. En algo ha ido más allá de las previsiones más optimistas, lo cual es fruto y mérito, sin duda, de la cuidada preparación, que ha logrado implicar a una gran cantidad de jóvenes y probablemente también a comprometer a más de un obispo y quizás también a alguna conferencia episcopal con todo lo que tiene que ver con la relación con los jóvenes¹. Se ha logrado así escapar de ciertos prejuicios y de los acostumbrados lugares comunes, renovando la mirada, intentado escucharlos, resistiendo a la tentación de encerrarlos en esquemas perceptivo-interpretativos cerrados, rígidos, según los cuales los jóvenes estarían ya perdidos o serían incrédulos, o cuando menos contestatarios con la Iglesia y, en cualquier caso, indiferentes e insensibles para con Dios y con el fenómeno religioso.

Presentaremos en esta reflexión lo que el Sínodo ha descubierto o revelado sobre el mundo de los jóvenes en el segundo milenio, intentando sacar después algunas implicaciones, en particular sobre su propuesta creyente y vocacional. Ya que, en realidad, este era el verdadero punto de referencia y el objetivo final del mismo Sínodo.

* Amedeo Cencini nace en Senigallia (Italia), en 1948. Sacerdote canosiano. Profesor de pastoral vocacional y de metodología de la dirección espiritual en la Universidad Salesiana de Roma, y de formación para la madurez afectiva en el curso de formadores de la Universidad Gregoriana (Roma).

1. Fue interesante en este sentido, y también un poco desconcertante, lo que sucedió en la fase preparatoria, cuando se envió a las diversas Conferencias episcopales de todo el mundo un cuestionario sobre la situación de los jóvenes y sobre lo que los jóvenes esperaban de la Iglesia, o sobre aquello que les ha dejado desilusionados o con la impresión de no haber recibido respuesta, y hubo quien admitió, implícita o explícitamente, que no mantenía ninguna relación directa con el mundo de los jóvenes y que, por consiguiente, carecía de un conocimiento concreto del fenómeno.

1. LA EXPERIENCIA ECLESIAL DEL SÍNODO

El Sínodo (de los obispos) es un hecho típicamente eclesial, en el que los Pastores se reúnen para compartir reflexiones, inquietudes, puntos de vista, líneas de acción y perspectivas de futuro bajo la luz y la acción del Espíritu santo, y en espíritu de unidad con el Santo Padre. Pues bien, todo esto nunca ha sido más real que en esta ocasión. Y no lo decimos desde fuera, por las impresiones recabadas a lo largo del desarrollo de los trabajos, y tampoco como testimonio de quien hacía su primera experiencia sinodal, sino según quienes habían participado ya en tres, cuatro o más Sínodos, que han dicho que este era mejor con respecto a los anteriores. ¿Por qué? ¿Cuáles son los motivos?

a) «Iglesia y Sínodo son sinónimos»²

La respuesta es clara: por el clima de *sinodalidad* que ha caracterizado todo el encuentro romano desde el primero al último día, en una progresión ascendente. Se ha tratado de un auténtico Sínodo, *ante litteram*, o un Sínodo sobre la forma sinodal de la Iglesia. No ha sido simplemente un Sínodo temático, sobre una cuestión, además, problemática, es decir, sobre «los jóvenes», sino una verdadera experiencia de camino hecho *realmente juntos*: el Papa Francisco, los obispos y sacerdotes, los educadores y animadores juveniles, los mayores y los jóvenes, los hombres y las mujeres... Camino de reflexión sobre la Iglesia, sobre su misión, sobre su estilo de acompañamiento y discernimiento.

Muy especialmente, y esto es el aspecto más destacado, han sido los jóvenes y su participación lo que ha «despertado» la sinodalidad de la Iglesia, como su «dimensión constitutiva... porque la Iglesia no es otra cosa que el ‘caminar juntos’ de la grey de Dios por los senderos de la historia que sale al encuentro de Cristo el Señor» (Francisco, *Discurso en la Conmemoración del 50 aniversario del Sínodo de los Obispos*, 17 octubre 2015)³. Los jóvenes han ayudado y provocado a la Iglesia a redescubrir esta dimensión que les es connatural. Y solo ellos lo podían hacer: «Los Padres sinodales han notado cómo la colegialidad que une a los obispos entre ellos y con el Papa se ha articulado y se ha enriquecido con la práctica efectiva (y no solo con afirmaciones teóricas) de la ‘sinodalidad a todos los niveles’ (DF 119) que ha inclui-

2. Así san Juan Crisóstomo, citato por el papa Francisco y después en el *Documento Final del Sínodo de los Obispos: Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, Roma 2018, 121 (a partir de ahora: DF).

3. DF 121.

do a los jóvenes»⁴. Por otra parte, ¿se hubiera podido organizar un Sínodo sobre los jóvenes sin los jóvenes? Hubiera sido una insensatez. Además, hay que tener en cuenta que los jóvenes se han preparado para este Sínodo durante dos años, algo que nunca había sucedido con otros grupos eclesiales implicados en los Sínodos precedentes⁵. Una preparación que se ha notado en los trabajos sinodales propiamente tales, y en el tipo de participación de los mismos jóvenes en el encuentro romano, con intervenciones «concretas y reales, críticas y proféticas, luminosas y con amplitud de miras... Sin los jóvenes esta Asamblea sinodal no hubiera sido la misma»⁶.

b) *Del Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes al Sínodo de los jóvenes sobre la Iglesia*

Ha sido una sensación progresiva, nacida dentro del aula sinodal, y sentida cada vez más también fuera: el Sínodo es, por definición, de los obispos, encuentro a alto nivel de los Pastores, como ya hemos dicho, en el que pueden participar algunos expertos o invitados especiales para ayudar en la reflexión y el discernimiento. Este Sínodo, sin embargo, fue concebido de otra manera desde el principio: los jóvenes no eran solo invitados (bien recibidos con tal de que estuviesen tranquilos en su sitio) y tampoco eran expertos (a los que recurrir en caso de necesidad). Más bien, han jugado un papel muy diferente, que ha hecho posible que el Sínodo sobre los jóvenes se convirtiese también en el Sínodo de los jóvenes sobre la Iglesia. Lo más asombroso es que las dos perspectivas estuvieron presentes y coexistieron: por una parte, la Iglesia ha realizado su propia reflexión sobre el universo juvenil y cómo acercarse más a él, de modo que su propuesta sea cada vez más creíble y visible (perspectiva tradicional); por otra parte, los jóvenes se han hecho notar (a veces provocando un poco de lío, como les había pedido el Papa⁷), haciendo preguntas, expresando esperanzas, temores, inquietudes, decepciones, expectativas, críticas, incluso algo así como amonestaciones. De vez

4. La Civiltà Cattolica, *Editoriale*, 4041 (2018) 212.

5. Estas son las etapas más importantes de la participación juvenil en el pre-Sínodo: la respuesta al Cuestionario *on line* para los jóvenes (junio-diciembre 2017), participación en el *Seminario internacional sobre la condición juvenil* (11-15 septiembre 2017), y en la *Reunión presinodal* de los jóvenes (18-24 marzo 2018, con unos 300 jóvenes llegados de diversas partes del mundo, y 15.000 mediante las redes sociales). De este encuentro y de su laboriosa participación ha salido un Documento que los jóvenes mismos entregaron al Papa el 25 marzo 2018, que es el texto citado en el *Instrumentum laboris*, y que se ha de considerar decisivo en el camino de la preparación del Sínodo.

6. R. Sala, *Il documento finale del Sinodo sui giovani*: La Rivista del clero italiano 11 (2018) 737-738.

7. Francisco había usado el término italiano *casino*, tomado del lenguaje juvenil (para hacerse entender).

en cuando haciéndose eco de los que no estaban allí presentes, de los que forman parte de la comunidad creyente, o de quienes la han abandonado, o de quienes quisieran creer, pero se lo impiden ciertos antitestimonios, o de quienes se muestran indiferentes, o incluso están rebotados contra la Iglesia, etc. Lo hicieron con respeto y consideración, pero también con fuerza y *parresía*, y dialogando con la postura de los Pastores. De tal manera que el DF da la impresión de ser un intento de síntesis de la visión de la Iglesia sobre los jóvenes y de la visión de los jóvenes sobre la Iglesia⁸.

Y esto no por una amable concesión del adulto o del anciano, o de quien tiene el poder pero quizás necesita apoyos (y los jóvenes podrían resultar útiles para conseguirlos), sino porque es natural que sea así en la Iglesia, en la que no hay un «nosotros contra vosotros», sino un «nosotros» inclusivo; no «los jóvenes y la Iglesia», sino «los jóvenes *en* la Iglesia». Y en este mismo sentido, no los jóvenes como problema, sino como bendición; no como el futuro de la Iglesia, sino como el presente; no solo como objeto del Sínodo o tema del que hablar en los interminables debates entre sacerdotes y agentes pastorales, sino como *sujetos y protagonistas*, que tienen algo importante que aportar en el camino de renovación de la Iglesia; no como universo indescifrable o enigma incomprensible, sino como *misterio que entender y compañero indispensable* para la vitalidad de la Iglesia; no solo como destinatarios de acciones pastorales, sino como aquellos que saben intuir dónde y cómo activar el *proceso de cambio*, porque conocen los lenguajes del tiempo, porque saben respetar las diferencias e ir más allá de los bloqueos mentales⁹.

c) *Los jóvenes, símbolo de una Iglesia que se renueva*

Todo lo que acabo de decir ha sido posible, de hecho, experimentarlo en el Sínodo, donde los 34 jóvenes auditores, llegados de todo el mundo, poco a poco se han ido revelando como «una valiosa riqueza, capaz de imprimir un estilo dinámico y festivo a los trabajos, de cambiar los protocolos en el aula, de hacer que se infiltre una vitalidad y unos talentos que han cambiado la percepción de muchos»¹⁰.

8. Cf. A. Rosina, *Scoprire con i giovani i motivi della fede*: La Rivista del clero italiano 11 (2018) 759.

9. C. Giaccardi, *I giovani risvegliano la Chiesa. Note dopo il Sinodo*: La Rivista del clero italiano 11 (2018) 748-749.

10. Así continúa y comenta la misma Giaccardi: «Senza i loro apprezzamenti rumorosi, senza la loro *parresia*, senza la passione dei loro interventi, molti temi non avrebbero potuto essere affrontati con tanta lucida serenità e tanta misericordia, e forse i *non placet* su molte questioni sarebbero stati molto più numerosi» (*ibid.*, 754).

Y esto no puede sino alegrarnos. Pero no se puede ocultar una observación evidente: esos jóvenes no eran unos jóvenes cualquiera, habían sido elegidos y seleccionados cuidadosamente, formados y situados en el humus de la fe. Es verdad, como hemos subrayado antes, que han querido tomar la palabra en nombre de sus coetáneos, con los que comparten convicciones, pero ciertamente hubiera sido otro Sínodo si en lugar de estos 34 elegidos por las Conferencias episcopales hubieran participado jóvenes que simplemente pasaban por allí o elegidos al azar, quizás contestatarios con la Iglesia institución o no creyentes declarados, o cristianos no practicantes o solo de nombre.

Otro Sínodo, sin duda, pero ciertamente no menos útil y fecundo que este, y además por el mismo motivo, por la presencia de los jóvenes, y por lo que significa esa presencia, en el plano meramente humano y también espiritual y religioso: presencia que sin duda los jóvenes participantes en el Sínodo han vivido y testimoniado de diferentes maneras. En otras palabras, esos 34 jóvenes han sabido representar también a los ausentes, a todos los otros jóvenes con sus problemas y sus cuestionamientos. Como algo que a fin de cuentas interpela y deja en evidencia, denuncia y provoca a la Iglesia como a cualquier otra institución (que tenga la valentía de dejarse cuestionar).

1) *Lugar psicológico*

«En cualquier época histórica y en cualquier parte del mundo, los jóvenes son la parte de los seres vivos que más anhela llenar de sentido y de valor su vida, y también de belleza y de un nuevo bienestar a la comunidad en la que viven»¹¹. La juventud como lugar psicológico de esta búsqueda de sentido, de lo verdadero y de lo bello, dentro y fuera de sí, de ganas de experimentar, con sus propios medios. Por eso toda generación es joven *a su modo*, y ninguna es igual a las anteriores, la de los padres o la de los abuelos. Los jóvenes, en definitiva, «son el medio mediante el cual la sociedad experimenta que el mundo cambia y responde a los retos del cambio»¹².

Tienen una función de enorme importancia: hacen ver... que el mundo cambia, y que es imposible vivir simplemente repitiendo o repitiéndose, es decir, ignorando el cambio.

Por eso, una cierta transmisión de sentido y de valor, antes suficiente y dada por descontado, de padres a hijos, hoy ya no basta, sino que debe ser readaptada activamente a la antropología diferente de las nuevas ge-

11. Rosina, *Scoprire con i giovani*, 757.

12. *Ibid.*

neraciones. Pero es necesario que el mundo de los adultos no se oponga ni abandone a los jóvenes en su búsqueda, sino que permita a las nuevas fuerzas e inteligencia encontrar ámbitos y medios para estar a la altura de sus deseos y potencialidades, para ser la novedad que después enriquezca el bien común y de la que todos pueden beneficiarse. Una novedad que hay que tratar de entender antes de juzgarla; a la que hay que ayudar y animar a salir a la luz y a que descubra aquello que puede llegar a ser. En cambio, si encuentra oposición y rechazo, esa novedad no aportará nada positivo a la sociedad, y los jóvenes experimentarán la frustración de sus exigencias de verdad y de belleza. Por tanto, todos saldrán perdiendo.

2) *Lugar teológico*

Lo mismo sucede, básicamente, en un plano superior, el plano de la fe y de su transmisión: «en los jóvenes la Iglesia redescubre los motivos de la fe en los nuevos tiempos»¹³.

Y también aquí su aportación es formidable y desafiante. La generación joven indica a la Iglesia que una cierta modalidad de transmisión de la fe ya no es pensable y que, de hecho, se ha interrumpido. Quizá no se trata de algo totalmente negativo, porque en realidad la fe no es simplemente algo que hay que conservar y transmitir intacto (de padres a hijos), sino respuesta a la presencia de Dios que acompaña la historia de los hombres y se revela en ella, en sus acontecimientos, en su evolución cultural, en el progreso de la humanidad (a pesar de sus contradicciones y sus vaivenes). También en sus sufrimientos y vicisitudes, en sus preguntas e inquietudes, en sus diversas espiritualidades, en la sensibilidad del hombre cada vez más atraída –más allá de las apariencias– por el misterio, en el corazón humano sediento de amor y de un amor grande... Así como no hay una generación idéntica a otra, tampoco hay un único modo de creer que se transmita sin más, siempre con las mismas motivaciones y en respuesta a las preguntas de siempre, con la misma lógica de persuasión e idénticos puntos de referencia, con idéntica actitud interior y en busca de las mismas certezas. El Dios Padre de Jesucristo es siempre el mismo, pero establece con el hombre y su aventura existencial una relación inédita, mediante una revelación de Sí mismo y de su rostro siempre nueva, o que el hombre –para decirlo con más precisión– tendría que saber acoger y reconocer cada vez en su novedad. Un Dios que se escapa a cualquier pretensión de transformar la fe en ideología (el dios de ayer en el ídolo de hoy) e invita, en cambio, al hombre a seguirlo en un camino y un descubrimiento continuo,

13. *Ibid.*, 760.

atento al hoy y a la Palabra que hoy ha preparado para él, porque no es el hombre el que hace experiencia de Dios sino Dios quien hace experiencia del hombre.

Pues bien, la generación joven es, por su misma naturaleza, la más inmediatamente expuesta a esta novedad, la que está naturalmente en condiciones de captar el cambio que supone respecto al pasado o verla sin contradicción con él. El joven de hoy, de hecho, absorbe sin duda la sensibilidad del hombre actual mejor que quien le ha precedido, siente dentro de sí los puntos en cuestión y las expectativas; y se da cuenta, por tanto, de la necesidad de creer de otro modo, un nuevo modo que no puede sino enriquecer el sentido y la belleza de la fe, a pesar de afrontar un desafío y una búsqueda. Ciertamente, mucho más sana y fecunda si se realiza junto, en diálogo con la generación precedente. Pero, en todo caso, y precisamente por eso, dice con atrevimiento el *Documento final*, «los jóvenes, en ciertos aspectos, pueden ir por delante de los pastores»¹⁴.

Justamente por este motivo, no tiene mucho sentido decir que la generación actual es fría e indiferente, en definitiva, incrédula. En todo caso lo es, o puede llegar a serlo, cuando la búsqueda queda truncada o no realizada en unión y en diálogo, o cuando tiene la sensación de que sus preguntas, dudas y expectativas no son reconocidas como su sed de verdad. O cuando no encuentra en la Iglesia una comunidad viva y un ambiente estimulante, de creyentes en diálogo con quien se abre a la fe o con quien le cuesta creer y, sin embargo, busca la verdad o quizás ya no la busca, adultos en Cristo que crecen en la fe acompañando la fe de otros, dejándose así evangelizar. Una Iglesia «abierta al mundo, a las situaciones de la vida en cada tiempo y lugar, en un clima social y cultural que no es nunca insignificante»¹⁵.

Solo esa Iglesia, a fin de cuentas, da frutos: una Iglesia que se deja fecundar, que se deja renovar precisamente en aquello que es su razón de ser, en su fe. Los jóvenes, en este sentido, podrían ser el elemento fecundante y, al mismo tiempo, el fruto de esa «generación» que se prolonga ininterrumpidamente en el tiempo. Y que regenera a la misma Iglesia.

La Iglesia, con el Sínodo de 2018, ha caminado con los jóvenes, confiándoles la tarea de su renacimiento.

¡Gran misterio!

14. DF 66. Poco antes se había afirmado: «los jóvenes son uno de los 'lugares teológicos' en los que el Señor nos da a conocer algunas de sus expectativas y desafíos para construir el mañana» (DF 64).

15. Giaccardi, *I giovani*, 747.

2. PROPUESTA DEL SÍNODO Y GENERACIÓN DIGITAL

La Iglesia positiva hacia los jóvenes salida del Sínodo es también una Iglesia propositiva, que anima a los jóvenes a emprender el camino que lleva a la fe, como descubrimiento de sentido de la vida, y de la fe al discernimiento vocacional, como descubrimiento y elección de su lugar en la vida.

a) *Centralidad de la conciencia-que-discierne*

Al mismo tiempo, la Iglesia se ofrece como lugar «donde todas las preguntas son acogidas, donde, a la luz del Evangelio, se alienta justamente la búsqueda personal»¹⁶, donde se acompaña de hecho ese camino.

El DF dice eso con su estructura en tres partes, en las que se subrayan los diversos dinamismos de este acompañamiento: reconocer, es decir, escuchar y ver con empatía (primera parte); interpretar, es decir, dejarse guiar por el Espíritu Santo para aprender a discernir (segunda parte); caminar juntos, salir juntos, formarse juntos para llegar a elegir (tercera parte).

Pero en todo esto hay como un corazón o un elemento central (que precisamente ha sido puesto en el centro del texto¹⁷), que es la *conciencia*, a la que cada página del documento parece remitir. Es evidente la fuerte valoración de la conciencia en todo el DF. En dos direcciones. La conciencia, en primer lugar, como «lugar privilegiado para la intimidad especial con Dios y para el encuentro con Él, donde su voz se hace presente: ‘La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, donde está a solas con Dios, cuya voz resuena en la intimidad’» (*Gaudium et spes* 16)¹⁸.

En segundo lugar, la conciencia es entendida en el DF como el *sujeto del discernimiento espiritual* (el otro término estratégico de este Sínodo), la conciencia de la intimidad especial con Dios. De hecho, como anota y especifica como mucho realismo el texto, «no coincide con el sentir inmediato y superficial, ni con la ‘conciencia de sí’: da testimonio de una presencia trascendente, que cada uno encuentra en su interioridad, pero de la que no dispone»¹⁹. Estos «encontrar» y «oír» no son automáticos, sino que deben ser objeto de un atento discernimiento.

Por una parte, la Iglesia pretende ponerse junto a los jóvenes para que con su propia conciencia lleve adelante este trabajo de reconocimiento de la acción de Dios en su vida y de discernimiento de su propia respuesta.

16. J. M. Bergoglio, *Mensaje a las comunidades educativas*, Buenos Aires, 21/IV/2004.

17. Cf. DF 106-110.

18. *Ibid.*, 107.

19. *Ibid.*

Por otra parte, debe estar atenta a promover concretamente este proceso, con todo lo que implica en el ámbito educativo y espiritual, sin reemplazar la conciencia de los jóvenes: «estamos llamados a formar las conciencias, no a pretender sustituirlas»²⁰.

De hecho, el discernimiento es algo totalmente personal, que solo la conciencia de la persona puede realizar. El mismo Sínodo lo define «como la labor sincera de la conciencia, en su empeño por conocer el bien posible, sobre el que decidir responsablemente el ejercicio correcto de la razón práctica, en la relación personal con Jesús Nuestro Señor»²¹.

Son palabras que indican la complejidad de la operación, a la vez que valoran la libertad personal de cada uno a la luz de su propia relación con el Señor y su capacidad de conocer el bien, más aún, de sentirlo en su belleza y en su verdad. Una operación que, por tanto, pide a la Iglesia que esté atenta para ayudar a las personas —a todas las personas— «a leer su propia historia; a adherirse con libertad y responsabilidad a la propia llamada bautismal; a reconocer el deseo de pertenecer y contribuir a la vida de la comunidad y a discernir las mejores formas para que esto tenga lugar»²².

b) *¿Qué conciencia en la generación digital?*

Es importante, pues, intentar comprender la situación actual en cuanto afecta a la relación entre los jóvenes y la conciencia, o preguntarse hasta qué punto la generación juvenil es... consciente de su propia conciencia, tiene familiaridad con ella, la habita de alguna manera, la tiene en cuenta para interpretar, entender, valorar la vida, o para elegir quién ser, y también para amar y dejarse amar, o para buscar y encontrar a Dios. Hasta qué punto conoce sus recursos, así como la posibilidad de perderla, de vivir «sin conciencia». Hasta qué punto se da cuenta de la necesidad de educarla y del peligro de que se vea condicionada por factores más o menos oscuros. Hasta qué punto vive de hecho con una conciencia... delegada, no lo suficientemente personalizada, o que no sabe dejarse atraer por lo verdadero, lo bello y lo bueno...

No pretendo en este estudio responder una por una a estas cuestiones. Únicamente quisiera mostrar un aspecto de esta realidad partiendo de una indicación del DF cuando, entre los «tres ejes cruciales» de la situación de los jóvenes hoy, se refiere explícitamente a las «novedades del ambiente digital»²³. O a la que podríamos llamar la «generación digital».

20. *Amoris laetitia*, 37.

21. DF 109.

22. *Ibid.*, 150.

23. Cf DF 21-24. Los otros dos sínodos serían el problema de los migrantes y los abusos sexuales (*ibid.*, 25-31).

1) *Nativos digitales*

La referencia por parte del texto sinodal es todavía más realista: reconoce las *oportunidades* del ambiente digital (para el diálogo, el encuentro y el intercambio, incluso en el campo del anuncio del evangelio), pero también sus *ambigüedades* (con respecto a la percepción de sí mismos y de los otros, a la relación interpersonal –en red la imagen cuenta más que la palabra–), y el *lado oscuro*: la red es también territorio de soledad, explotación y violencia, puede acarrear pérdida de contacto con la realidad, difusión de la pornografía y abuso sexual de las personas, manipulación de las conciencias y difusión de noticias falsas, como «expresión de una cultura que ha perdido el sentido de la verdad y somete los hechos a intereses particulares»²⁴.

«El ambiente digital no es un mundo paralelo o puramente virtual, sino que forma parte de la realidad cotidiana de muchos, especialmente de los más jóvenes»²⁵, los llamados «nativos digitales». Según los expertos, estos nativos serían los nacidos a partir de 1995, que han crecido y han sido educados con las tecnologías digitales, que han creado un nuevo lenguaje y una nueva forma de organizar el pensamiento, que a su vez modifica la estructura cerebral de esas personas²⁶.

Es normal que todo eso influya en la conciencia de los jóvenes. Podemos ver los efectos considerando los otros dos modos de pertenecer a la generación digital.

2) *Inmigrantes digitales*

Son los que han nacido antes de 1995, y que han tenido que aprender a usar la tecnología, pero que están expuestos a los mismos efectos.

En una reflexión muy interesante F. Occhetta y P. Benanti²⁷ muestran el peligro quizás mayor de esta relación con la red en la *dependencia cada vez más significativa e invasiva del sujeto por parte de la red misma en todas sus expresiones*. Con la consiguiente y progresiva pérdida de contacto consigo mismo, con su yo más profundo, con el mundo interior de la propia

24. *Ibid.*, 24.

25. Benedicto XVI, *Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de las Comunicaciones sociales*.

26. Para ellos «la inmersión en la red es relevante: en cinco años dedican 10.000 horas a jugar con videojuegos, intercambian al menos 200.000 e-mails, pasan 10.000 horas con el móvil, 20.000 horas delante de la televisión, ven al menos 500.000 anuncios publicitarios, mientras que dedican tan solo 5.000 horas a la lectura», M. Prensky, *Digital Natives. Digital Immigrants: The Horizon* 9/5 (2001) 1-6, en www.scribd.com, cit. en F. Occhetta - P. Benanti, *Argonauti digitali. I giovani e la ricerca di senso*: La Civiltà Cattolica 4038 (2018) 475.

27. Occhetta - Benanti, *Argonauti digitali*, 469-480.

sensibilidad, allí donde se realiza la formación de la conciencia, sagrario de la presencia de Dios en nosotros...

La cuestión no es, en principio, ni moral ni religiosa, sino ante todo un problema que el joven vive consigo mismo, aunque normalmente no se dé cuenta, precisamente porque se aleja cada vez más de su propia conciencia y, en definitiva, de su propio yo o de la libertad/dignidad de dar él mismo un sentido a su historia personal, o de buscar su propio camino. Pero el problema acaba convirtiéndose también en religioso: si no existe comunicación con la propia conciencia, si no se presta atención a sus mensajes o señales, la conciencia misma no será reconocida como el lugar del contacto con Dios, santuario-sagrario de su presencia en nosotros, eco de su voz o, en cualquier caso, lugar en el que Él no falla nunca a la cita y no deja de hacernos saber lo que quiere o desea por nuestro bien. Todo esto es verdad en sí, pero no es automática la percepción experiencial de lo divino en nosotros.

Es preciso seguir con atención y responsabilidad el proceso formativo de la propia conciencia (o de la sensibilidad, como especificaremos más adelante). Cuando no es así, o cuando falta la vigilancia interior, se corre el peligro de que todo se desplace lentamente hacia el exterior, donde agentes desconocidos, o factores ocultos, o elementos descontrolados (presuntuosos *maîtres à penser*, o ideologías manipuladoras o «grandes hermanos», o simples agentes o mecanismos publicitarios) se van imponiendo poco a poco al individuo, condicionándolo de manera inconsciente, es decir, engañándolo. La persona, en ese momento, se hace la ilusión de que está decidiendo por sí misma, porque «hace-lo-que-siente», sin caer en la cuenta de que son otros los que dirigen ese «sentir» (que nunca ha sido objeto de autocrítica), mientras que la conciencia como capacidad de elección personal y responsable queda confundida por un apresurado y superficialísimo «clic» en un teclado o con un ratón (los famosos *like*) inducido desde fuera.

De esta manera, se crea una especie de inconsciencia personal e incluso colectiva, que en cualquier caso no tiene nada de lo que se entiende normalmente por conciencia, y mucho menos en sentido cristiano. Es el mar que va devorando lentamente la playa y esta que se retira (erosión marina o bradisismo). O, por continuar con la metáfora acuática, es el ahogamiento del yo, su paso a un estado líquido (como el acto final de la profecía de Baumann sobre la sociedad), tragado por la marea que todo lo iguala, hecho inconsistente por la inconsistencia de su camino deformativo.

El riesgo es alto.

3) *Argonautas digitales*

Otra consecuencia, en relación con la elección del propio futuro, tiene que ver con la pertenencia a la generación digital. Y nace del hecho de que para esos jóvenes ha cambiado la relación con la verdad (y con la moral), y puesta en discusión la idea misma de normatividad moral, termina por aparecer como autoritaria. En todo caso, para los jóvenes «el algoritmo y los *big data* (el dataísmo) son fuentes de autoridad y adquieren valor *sagrado*: son los nuevos oráculos a los que se consulta para saber la verdad»²⁸. Si en el mundo clásico y romano eran los padres (y quizá los oráculos) los que decidían el destino, también familiar, de los hijos, y si a partir del humanismo prevalecieron los sentimientos, en la sociedad dataísta será el soporte digital (como forma de inteligencia artificial) quien decida, por ejemplo, qué mujer «elegir» como compañera, en base a la recogida de datos sobre el sujeto, a los mensajes de correo electrónico intercambiados, a las llamadas telefónicas, al tiempo transcurrido juntos, al tipo de comunicación establecido, así como a los gustos del sujeto, a sus preferencias sexuales, a las películas vistas, a los deseos ocultos, al ADN del sujeto, a la historia biométrica de su corazón (con los correspondientes registros de frecuencia cardíaca, presión sanguínea, glucosa... en cada una de las citas con una determinada persona): todos estos datos, a su vez confrontados con los algoritmos y las estadísticas de millones de parejas de los últimos años, darán con la solución o la persona más adecuada, o el porcentaje de probabilidad de gratificación estando con una o con otra²⁹. En el fondo se trata de un cálculo y, sin embargo, el dataísmo está generando nuevas creencias, como un nuevo fiarse y confiarse. Es la religión de los *argonautas digitales*, que «legitima una nueva fuente de autoridad..., hasta el sometimiento a un nuevo motor inmóvil de aristotélica memoria, que se hace amar, pero él no ama. (...) No necesita la historia, porque está basado sobre los datos. No tiene necesidad de la Providencia, porque todo lo provee el algoritmo. No pide amar, porque los cálculos serán los que determinen el alma gemela»³⁰. No hay necesidad de ningún tipo de discernimiento vocacional ni de padre espiritual, porque será un impersonal «asistente digital» quien resuelva el problema, establezca la duración de la experiencia (en esta lógica nada es para siempre), su capacidad de gratificación, posibles escenarios futuros, sin plantear dudas, quizás porque el cálculo es seguro (o cree serlo)...

28. Cf P. Benanti, *Oracoli. Tra algoretica e algocrazia*, Roma 2018, 48-53.

29. *Ibid.*, 52s.

30. Occhetto - Benanti, *Argonauti digitali*, 466.477.

3. PARA UNA PEDAGOGÍA DEL DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

Quizá hemos identificado el punto débil o estratégico: la conciencia del joven, precisamente en torno a la cual el Sínodo ha elaborado su propia propuesta. Una conciencia que hoy corre el peligro de ser expropiada, por lo que es importante intervenir a nivel de formación. El planteamiento es cuando menos complejo e intentaré aquí exponerlo solo desde un punto de vista particular, el psicológico.

a) *Sensibilidad vocacional*

Desde la perspectiva psicológica, la conciencia es expresión de nuestra sensibilidad, algo que crece con nosotros a diversos niveles. De hecho, hay diversas sensibilidades: intelectual, estética, moral, creyente, orante... Y también está la sensibilidad vocacional (SV). En ella es en la que hay que apoyarse para hacer un auténtico discernimiento vocacional. Es difícil que nazca una vocación en una persona que no tiene SV.

La podríamos definir así: la SV es *aquella orientación interior que nace del deseo de buscar el propio puesto en la vida y de ponerse a la escucha de todo aquello y de todo aquel que pueda ayudar en esta búsqueda, con la valentía de decidir después en libertad y responsabilidad.*

Podríamos decir que hacer animación vocacional significa suscitar este tipo de sensibilidad, una intervención que pretenda no solo provocar un gesto, sino sobre todo formar en el joven una actitud o disposición interior a varios niveles o en diversos ámbitos de sensibilidad, que constituyen también diversos modos de desear. En otras palabras, la sensibilidad vocacional no es algo aislado, que nace espontáneamente o interviniendo exclusivamente en ella, sino que es e indica una *constelación de varias sensibilidades*, de las cuales es expresión. Por eso, es importante indicar esta constelación, ya que cada elemento de ella representa un itinerario pedagógico que puede dar fruto.

b) *Pedagogía vocacional*

Estos son los tipos de sensibilidad que se han de activar para lograr el discernimiento vocacional.

1) *Sensibilidad intelectual veritativa*

Es la sensibilidad de quien *quiere buscar, y quiere hacerlo sobre todo con su propia cabeza*, porque se trata de su futuro. Nace no solo de una exigencia insoslayable de verdad, sino de la certeza de que es posible encontrarla y

apasionante buscarla. No se trata de la verdad filosófica y tampoco religiosa, en primer lugar, sino de la *verdad de sí mismo*, la propia identidad. Imposible no sentir la necesidad de descubrirla. Prohibido darla por descontada.

2) *Sensibilidad orante obediencial*

No es sencillo ni inmediato desentrañar el misterio de la vida. Para esto entra aquí en juego la dimensión religiosa. El creyente sabe que solo aquel que le ha dado la vida le puede desvelar su sentido y el puesto que tiene en ella. Por eso, lo invoca no solo pidiéndole la gracia de comprender el propio futuro, sino que se pone en actitud de búsqueda, de *vir ob-audiens*, de quien lleva una mano al oído para captar algo muy importante para él, a modo de signo, voz, rastro... que de alguna manera pueda orientar su camino.

3) *Sensibilidad espiritual-teológica*

Pero hay una condición concreta para comprender el sueño de Dios para la vida de cada uno: *entrar en sintonía con él, asumir sus gustos, sus proyectos, sus sentimientos y deseos, en el fondo, su misma sensibilidad*. Que no quiere decir simplemente tener una conducta correcta e irreproachable, sino tener su mirada sobre las cosas y las personas, su pasión para enfrentarse al dolor y al mal del hombre. La mirada y la pasión que ha llevado al Hijo, Siervo, Cordero a entregarse por la humanidad. Esto no quiere decir que el joven tenga ya esta madurez creyente, sino que intuya que puede elegir según los deseos de Dios en la medida en que se encuentre cada vez más en sintonía-simpatía con Dios y con su palabra, hasta el punto de que sus deseos los sienta en el corazón. Por eso el camino de búsqueda vocacional es siempre y antes que nada camino de búsqueda de Dios.

4) *Sensibilidad ético-moral*

A veces se presenta la vocación en términos heroicos y extraordinarios, como si quien toma algunas opciones fuera una persona excepcional o especial (de hecho hablamos de vocaciones «de especial consagración»). Esto no es muy inteligente, ni conveniente. Quien decide según el corazón de Dios comprende una verdad que lo es sobre todo en el plano humano-psicológico, y que hace que su elección sea ética y moral. Es la verdad de la vida, según la cual *la existencia humana es un don recibido que tiende, por su propia naturaleza, a convertirse en bien entregado*. La vocación está completamente construida sobre esta lógica elemental, y es, al mismo tiempo, algo lógico, que cualquier persona inteligente y honesta intuye. No es extraño decidir dar la vida y entregarse a la vida, en todo caso lo extraño sería lo contrario, fuera de toda lógica y moral. Y esto es así para todos.

Cada uno es libre de hacer la opción que considere sobre su propio futuro, pero *no es libre de escapar de esta lógica*, porque elegiría su propio mal, algo profundamente ilógico e inmoral.

5) *Sensibilidad redentivo-relacional*

Antes se tendía a presentar la vocación como cumplimiento de la imagen-semejanza con Dios que el Creador mismo ha pensado para su criatura: sería el modelo *creativo*, teológicamente correcto. Pero es posible un paso más, y pensar la llamada desde el modelo *redentivo*. La vocación nunca está en función simplemente del individuo y de su realización o su salvación privada, sino que, si es una vocación cristiana de verdad, es una llamada a *hacerse cargo del otro*, de su felicidad, de su salvación. En el fondo, si Cristo nos ha salvado en la cruz, nos ha hecho capaces –por gracia– de hacer lo mismo que él ha hecho, de amar con su corazón, de convertirnos en salvación (o mediación de salvación) para los otros. ¡Gran misterio! Pero también vocación más atrayente y convincente, porque da y pide al hombre el máximo.

6) *Sensibilidad humano-cristiana*

Llegados a este punto, el joven se encuentra ante la verdad de su vida, a nivel humano (la vida como don recibido que tiende a convertirse en don entregado), pero también cristiano (Cristo como aquel que salvándonos nos pide que participemos responsablemente en la salvación de los demás). Y es fundamental que la perspectiva vocacional aparezca verdadera en ambos frentes, es decir, que represente el modo de realizar plenamente la propia humanidad y, al mismo tiempo, de vivir plenamente el propio Bautismo.

7) *Sensibilidad verdadera-bella-buena (a lo verdadero-bello-bueno)*

Una consecuencia de esta síntesis entre aspecto humano y creyente es la actitud de quien está en condiciones de tomar una decisión porque la percibe *verdadera*, en sí misma (y en aquello que creo que Dios quiere de mí) y para él mismo (y mi identidad), *bella* (es algo que me atrae, es atrayente), y *buena* (es lo que hace que mi vida sea buena). No solo verdadera o bella o buena, sino verdadera-bella-buena. En una síntesis del aspecto o de la sensibilidad cognitiva, estética y ética.

8) *Sensibilidad fiducial-decisional*

Quien decide como creyente se encuentra en una situación diferente de quien ha aprendido a tomar decisiones solo según una lógica humana. La decisión que se queda solo con la lógica terrena se queda corta, porque

tiene muchas pretensiones: de ser *segura*, sin riesgo alguno a equivocarse; *con el mínimo coste*, sin perder ni renunciar a nada; *precisa y clara*, bien definida en todas sus fases y objetivos; *a medida* del sujeto y *adaptada* a sus capacidades; *revisable y reversible*, con varias salidas de seguridad y diferentes alternativas, y nunca para siempre. Con estas condiciones es previsible que las decisiones que se tomen no sean muchas.

La decisión cristiana, en cambio, es *arriesgada*: quien obedece en la fe no pretende la seguridad humana absoluta; es una decisión *al máximo coste*, tiende a la donación total de sí, a lo máximo que uno puede dar; es precisa, pero *nunca del todo clara*, no incluye prever todo y eliminar cualquier imprevisto; está basada en la *confianza*, no en el cálculo, y pensada *según el plan de Dios*; por tanto, es *valiente y para siempre*, sin miedo, sin sentirse solo.

Es decir, el cristiano puede elegir mucho más.